



**Facultad de
Ciencias
Sociales y
Económicas**



CUADERNOS DE SOCIOLOGÍA UCM

**LA RURALIDAD VISTA DESDE
LAS TEORÍAS DEL DESARROLLO**

RAÚL GONZÁLEZ MEYER

Nº 13

Cuadernos de la Escuela de Sociología UCM - ISSN 0719-9090
Publicado por la Escuela de Sociología de la Universidad Católica del Maule
Universidad Católica del Maule, Av. San Miguel #3605, Talca - 3460000 (Región del Maule)



Creative Commons License - Copyleft

BY: Reconocimiento (Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciadore)

NC: Uso no comercial

SA: Compartir bajo la misma licencia (Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta)

TÍTULO LA RURALIDAD VISTA DESDE LAS TEORÍAS DEL DESARROLLO

FECHA DICIEMBRE 2024 (NÚMERO 13)

**AUTOR
DE ESTE NÚMERO** RAÚL GONZÁLEZ MEYER

**COMITÉ
EDITORIAL
PERMANENTE** STEFANO MICHELETTI DELLAMARIA
JAVIERA CUBILLOS ALMENDRA
CLAUDIA JORDANA CONTRERAS

**CORRECCIÓN
DE TEXTO** STEFANO MICHELETTI DELLAMARIA

DISEÑO PÍA PULGAR GARRIDO

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
LA RURALIDAD VISTA DESDE LAS TEORÍAS DEL DESARROLLO	6
Algunos antecedentes «pre-desarrollistas»: límites físicos y contestaciones comunitarias	6
La emergencia del desarrollismo: el paradigma modernizador, la visión dualista y el surgimiento de una vista latinoamericana estructuralista	8
El socialismo del siglo XX y su alineamiento con la modernidad industrial intensa	10
La necesidad de cambios en las condiciones agrícolas, en la vida rural y como desbloqueo de procesos de industrialización en curso	12
Las visiones neoliberales, la globalización y los encadenamientos mundializados, las contestaciones neoestructuralistas e institucionalistas	14
Vía Campesina, recuperación del campesinado, nueva agricultura y otro desarrollo	17
Reflexiones finales e ideas referenciales	19
BIBLIOGRAFÍA	21

INTRODUCCIÓN

En este nuevo número de los Cuadernos de Sociología el Dr. Raúl González Meyer nos acompaña en un recorrido histórico-conceptual, que focaliza la relación entre las teorías del desarrollo y lo rural.

Se trata, sin duda, de dos conceptos polisémicos y en disputa, ambos sometidos a un sinfín de revisiones y ajustes en las últimas décadas, según el paradigma dominante. Por un lado, el desarrollo, noción universal y transversalmente aceptada por las políticas públicas de todos los países del mundo. Para la ONU (2023), se trata de una «empresa multidimensional para lograr una mejor calidad de vida para todos los pueblos»¹. ¿Quién podría declararse en contra de semejante propuesta? Aun así, las lógicas desarrollistas no han encontrado en el plano concreto las fórmulas que les permitieran volver reales aseveraciones como esa. De hecho, la definición que entrega Gilbert Rist en su libro *El desarrollo: historia de una creencia occidental*, se asemeja mucho más a los resultados obtenidos en años de intentos, planes y políticas a medio fracasar, develando su cara oscura: «el desarrollo está constituido por un conjunto de prácticas a veces aparentemente contradictorias que, para asegurar la reproducción social obligan a transformar y a destruir, de forma generalizada, el medio natural y las relaciones sociales a la vista de una producción creciente de mercancías (bienes y servicios) destinadas, a través del intercambio, a la demanda solvente» (Rist, 2002, p. 19-29). Pese a todo, el concepto ha sabido reinventarse en los últimos tiempos, sintonizando con las demandas de muchos pueblos por formas de crecimiento más sostenibles a nivel social y ambiental.

En los 70 años de vida de la noción de desarrollo, los paradigmas han desfilado numerosos —modernización, estructuralismo, teoría de la dependencia, neoliberalismo, neoestructuralismo y enfoques alternativos— y cada uno le ha atribuido a lo rural un rol y un significado diferentes. Durante décadas la idea de ruralidad hizo referencia a un modo de vida basado en las tradiciones, lento en sus tiempos, poco conectado con lo urbano y la modernidad, tradicionalista en sus hábitos, disperso en cuanto al hábitat y productivamente vinculado a los cultivos y la crianza de ganado. El imaginario que brotaba de allí abonaba a la idea de retraso, subdesarrollo. Sin embargo, la revolución verde y la irrupción del sistema agroindustrial en muchos lugares del mundo, entre los años 60 y 80, produjo un profundo proceso de transformación: surgieron nuevos actores, aumentaron las conexiones con el mundo, cambió el modo de habitar el territorio y también las formas de nombrarlo.

Así, el profesor González —un experto en este ámbito, que colabora desde hace años con nuestra Escuela de Sociología UCM— nos introduce en el mundo de la historia de los conceptos, para contarnos cómo «la relación entre las visiones del desarrollo y el lugar de lo rural ha tenido constantes y movimientos, relacionados, a su vez, con cambios económicos y sociales» de enorme envergadura e importancia para el mundo.

1 <https://research.un.org/es/docs/dev>

LA RURALIDAD DESDE LAS VISIONES Y TEORÍAS DEL DESARROLLO

Raúl González Meyer ²

Este texto explora y reconstruye *la vista de lo rural* desde las teorías y visiones del desarrollo, principalmente desde que esta noción es consagrada y difundida como imperativo societal poco antes de la mitad del siglo XX, definiendo el nacimiento de una era desarrollista (González, 2013). Esa vista ha estado sujeta a cambios en función de las maneras dominantes en que se han definidos el desarrollo y las estrategias para alcanzarlo, así como los debates y controversias que lo marcan como proceso fáctico e imaginario. En esa historia dinámica e intensa siempre se hizo (y se hará) mención a lo agrícola y lo rural, ya sea como «variable», «factor», «condición» o «referencia». Asimismo, las lecturas de lo rural, en ciertos momentos, han adquirido importante centralidad en las estrategias de desarrollo propuestas y/o puestas en marcha.

Algunos antecedentes «pre-desarrollistas»: límites físicos y contestaciones comunitarias

Desde un siglo antes de la «institucionalización» del campo del desarrollo, a fines de la primera mitad del 1900, comenzaron a surgir un conjunto de visiones relacionadas. Malthus y Ricardo habían destacado a la agricultura como límite de la expansión permanente del producto y la población, por su cantidad dada y sus rendimientos fijos (Ferguson, 1987). Para el primero, el mejoramiento de las condiciones materiales de la existencia (a través de la caridad o del aumento de los salarios) solo conducía a apresurar el momento en que la población sobrante no tendría alimentos, lo que Engels definió, algunos decenios después, una declaración de guerra al proletariado, pues transformaba en estéril y trágica toda su lucha (Bellamy, 2000). En los hechos, el proceso histórico estructural que estaba en curso era un radical cambio en las zonas rura-

² Raúl González Meyer es economista de la Universidad de Chile y ha obtenido el grado de Magíster en Desarrollo Urbano en la Pontificia Universidad Católica de Chile y en Desarrollo Económico en la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica), así como de Doctor en Ciencias Sociales en la misma casa de estudios. Es docente e investigador de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano y colabora con diferentes instituciones de educación superior a nivel nacional e internacional, entre ellas la Universidad Católica del Maule.

les, en las formas de acceso y uso de la tierra: su privatización, mercantilización y eliminación de las áreas de explotación común. Esto se asociaba a la fuerza histórica del capitalismo comercial y luego industrial —que significó la expulsión de millones de campesinos hacia el mundo de la periferia urbana, provocando una revolución de la existencia cotidiana—, y la formidable fuerza del avance del trabajo agrícola bajo la forma de la proletarización, como buscaron mostrar, poco después, Lenin y Kautsky (Lenin, 1972).

Los procesos fácticos, dejando temporalmente atrás el pesimismo malthusiano, mostraban a la vista de los contemporáneos un permanente crecimiento de la producción agrícola y, en la lógica de la modernidad, la potencia de la acción humana sobre la naturaleza (tierra). A contracorriente, a mediados del siglo XIX, algunos biólogos, instituyendo el principio de la necesidad de la restauración de la tierra, planteaban que la explotación violaba ese principio y que la dinámica de la agricultura (inglesa) expresaba una sobreexplotación (Bellamy, 2000). A la vez, zonas extensas del mundo, periféricas a los núcleos centrales de la economía capitalista expansiva, eran incorporadas a esa dinámica gravitacional, proveyendo alimentos y materias primas. Eso, visto desde una perspectiva de *cambio civilizatorio*, implicaba que un mundo rural comenzaba a desaparecer y dejaba la primacía a lo industrial y urbano (Wallerstein, 2005).

Esto fue contestado en la mitad del siglo XIX por el populismo ruso, cuya perspectiva planteaba que las formas rurales tradicionales no debían desaparecer en aras de una modernización industrialista a la *occidental*. El mundo rural ruso era visto como un lugar que cobijaba a un conjunto campesino que se configuraba como potencial agente del progreso, sin la necesidad de disolver sus estructuras comunitarias. La comunidad rural campesina (*obschina*) se significó entonces como el pilar de una nueva organización social, que contenía tradiciones y potencialidades (Coquery-Vidrovitch, et al., 1988), superior a la modernidad capitalista occidental, signada de materialista, egoísta, individualista y que, para populistas como Lavrov y Mijailovski, constituía un retroceso en la historia de la humanidad. Los procesos de industrialización y urbanización descontrolados convertían al individuo en un apéndice del organismo social, disolvían los vínculos sociales más comunitarios³ (Arico, 1995).

Esa visión la encontramos posteriormente en Gandhi, que leía la vida campesino-comunitaria-aldeana de la India (*panchayat*) no como atraso o resistencia al progreso, sino como un valor superior, cimiento de cualquier progreso futuro que se postulase. Ahí estaba la idea de producción autónoma (*khadi*), de manera que los aldeanos fuesen altamente autosuficientes. Para Gandhi no se trataba de una defensa ciega de la tradición, pues quería trascender un cierto estancamiento aldeano para poner la base de una «nueva India, en la cual la depauperación, el hambre y el ocio fuesen desconocidos» (Gandhi, 1998, p. 80). Buscó afirmar la aldea y su ruralidad, como centro cooperativo para el progreso social⁴.

3 Los populistas rusos pensaron que el campesinado podía jugar un papel primordial en la construcción de una sociedad socialista y que sus instituciones socio-comunitarias constituían un socialismo embrionario.

4 Gandhi argumentaba que dos escuelas de pensamiento divergentes se desafiaban mutuamente para mover el mundo en direcciones opuestas: la de la aldea rural, basada en la artesanía, y la de las ciudades, dependiente de la maquinaria, la industrialización y la guerra (Gandhi, 1998). El industrialismo se basaba en la «capacidad de explotar» y la «cura» para las poblaciones urbanas sería «convertirse verdaderamente en una mente aldeana» (Gandhi, 1998, p. 390).

Aspectos de lo anterior estuvieron presentes en otros procesos del siglo XX, como en la revolución china —en ciertos momentos de búsqueda de alguna distancia del modelo industrialista soviético y nuevas lecturas del campesinado— y en ciertas visiones del agrarismo de Zapata, del aprismo de Haya de la Torre y de la mirada del indio, los Incas y la estructura de los *ayllu*, de Mariátegui⁵. Podemos ver que, en ellos, lo comunitario y la presencia de «instituciones de lo común» en la vida agraria no es representada como un atraso o un estado de civilización a superar, sino como corriente (finalmente derrotada) llamada a resistir y, especialmente, a disputar el sentido del progreso y de la modernización (González, 2019).

La emergencia del desarrollismo: el paradigma modernizador, la visión dualista y el surgimiento de una vista latinoamericana estructuralista

Un abarcador movimiento desarrollista se desplegó desde poco antes de la mitad del siglo XX. En parte, representaba la prolongación de la visión moderna occidental de la idea y del ideario del progreso; en parte, era la consecuencia de circunstancias que cohabitaban un tiempo histórico denso⁶. En un momento inicial ese movimiento estuvo impregnado de un *paradigma* en que el desarrollo era, primeramente, la resultante de un proceso de modernización: el pasaje de una sociedad tradicional a una moderna⁷ (Germani, 1962). Ello se entiende como el tránsito de una sociedad de reproducción simple, rural-agrícola, pobre, repetitiva, a otra urbano-industrial expansiva, en que están incubados los valores modernos que conducen al desarrollo: lo móvil, lo industrial, el premio al mérito, lo aspiracional, el valor del confort material. La reproducción societal moderna, como parte de su ser, posee una ampliación permanente de capital económico, a través de procesos secuenciales de ahorro-inversión. Esto presentaba un cierto carácter universalista, aunque el sendero estaba abierto a estrategias que podían definir mayores velocidades o *atajos* (Peemans, 2018).

Lo significativo de lo rural, desde esa perspectiva, era su base productiva, la producción agrícola, llamada a jugar un rol de *retaguardia activa*: provisión de trabajadores para las urbes y la industria (migración/expulsión rural); provisión de los alimentos para sustentar esa creciente población urbana; recepción de medios de producción y mercado para los productos de origen industrial. Esto significaba romper el carácter de la cultura y de la economía rural, asociadas a un comportamiento tradicional, sin reproducción ampliada en lo económico (sin inversión neta) ni suficiente orientación empresarial e innovadora. Todo ello significaba alterar el mundo rural, donde todavía habitaban las tres cuartas partes de la población.

5 Por ello, Mao Tse Tung y Mariátegui, de manera separada, son vistos como románticos y nostálgicos de la vida campesina, desde algunos críticos comunistas de sus países. El agrarismo mexicano tiene al campesinado como un centro de la historia del siglo XX, sustentado en la revolución mexicana y en las leyes y reforma agraria.

6 Me refiero especialmente a los siguientes procesos sociales: descolonización afro-árabe-asiática; crisis de las dominaciones oligárquicas de América Latina; reconstrucción europea; prestigio de la intervención keynesiana y de la planificación económica; referencia de la situación de pobreza desde la ética y desde la seguridad; inauguración de la Guerra fría como una geopolítica expresada, excepcionalmente, en términos de lucha entre sistemas socioeconómicos (capitalismo y socialismo) (González, 2013).

7 Esta visión tiene una marca muy importante de la ciencia social de EE. UU. y podemos hablar de un relativo desplazamiento desde la ciencia social europea a la norteamericana, a través del ensanchamiento del campo de la cuestión del desarrollo y la modernización (Peemans, 2018; Almond, 1960).

En ese contexto apareció la visión «dualista» de Arthur Lewis (1955), que destacaba que en una misma sociedad nacional *pobre* coexisten dos economías y sociedades,⁸ una moderna y otra tradicional, y en que el carácter dualista significaba que un sector no era, sistémicamente, la razón de ser del otro. La migración poblacional era un cambio de espacio y de tiempo histórico, en que los impactos negativos sobre la producción agrícola no serían graves, pues para la versión dualista inicial buena parte de estos migrantes presentaban una productividad muy baja (inferior a su consumo) o incluso cero, constituyendo lo que se categorizó y popularizó como un «excedente estructural de mano de obra» en el campo. Esa migración aumentaría enormemente la productividad media de la economía y absorbería dicho excedente, acabando con la sociedad dual (Jorgenson, 1961).

Algunos autores dualistas como J. Fei y G. Ranis (1961) remarcarían que la fluidez de esa gran transición podía tener dos escollos mayores. Primero, la migración-expulsión de población rural sí podía deteriorar la producción de alimentos, generando escasez en lo urbano, pues no constituía un excedente estructural de mano de obra, sino que era parte de las formas institucionales de producción y distribución de la sociedad rural. Para ello, era obligatorio modernizar el campo desde los comienzos del intento desarrollista. Segundo, el necesario proceso de migración ofrecía el peligro de que no fuera enteramente recepcionado por el dinamismo del empleo urbano industrial, generándose una población con impedimentos o dificultades de inserción laboral en la ciudad y, aún, de falta de servicios urbanos básicos, lo que obligaba a estrategias que maximizaran la creación de empleo. Todo esto demostró la interdependencia de los procesos agrícola-rurales e industrial-urbanos en el desarrollo⁹ (Pipitone, 2020).

Dentro del espacio latinoamericano emergió entonces una teoría y conceptualización original alrededor de la Cepal, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, y Raul Prebisch reenfocó el sendero modernizador al ligarla a la necesidad de un cambio en la división internacional del trabajo y a la eliminación de la centralidad de las exportaciones primarias (Rodríguez, 1980). A la vez, analíticamente, se alejó de la idea de sociedad dual como concepto caracterizador, e introdujo los ejes conceptuales de centro-periferia (en lo externo) y de heterogeneidad estructural (en lo interno) como fenómenos sistémicamente vinculados, en que lo agrícola rural —dentro de esas situaciones dependientes y heterogéneas—, representaba el polo más pobre y *atrasado* (Palma, 1987).

A la vez, en estas visiones latinoamericanas el atraso iba siendo ligado a una cierta *tradicionalidad* de los grandes propietarios rurales, que no aparecían como actores sociales innovadores, empresariales ni

8 Es decir, lo tradicional y lo moderno no era solo una distinción *diacrónica* —el paso de un tiempo histórico a otro— sino también *sincrónica* —la coexistencia de dos tiempos históricos en un mismo espacio—, a ser saldados en beneficio de la modernidad industrial. Debe recordarse que esto no representaba un consenso total de los grupos dirigentes latinoamericanos, en tanto una parte no eran partidarios de la voluntad industrialista, sino de seguir insertos en la economía mundial a través de las exportaciones primarias. Ello también era sostenido por algunos grupos de economistas liberales de los países centrales. Por otro lado, en el ejemplo inicial del dualismo, la economía de Indonesia, el sector moderno era el de las plantaciones exportadoras.

9 Frente a ambas situaciones, según Fei y Ranis, la experiencia japonesa de modernización y desarrollo debía ser presentada como exitosa. En lo primero, con reformas a la propiedad y uso de la tierra y la promoción de pequeña industria rural —desde la era Meiji— y en lo segundo, con políticas que intervinieron en la composición sectorial y en el tipo de cambio tecnológico que presentase la industria, de tal forma de influir positivamente en el aumento de empleo. El caso latinoamericano, con la formación de amplias barriadas y trabajos llamados «informales», mostraron la realidad de esas situaciones y constituyeron una forma específica de construcción de lo urbano y de las economías populares.

modernos (Chonchol, 1977). En registros de base marxista, el resultado de esta dinámica se representó a menudo con la idea de un campo precapitalista o «feudal» en sus formas productivas y sociales, con expresiones muy tradicionales de dominación (Astori, 1984). Ello se prolongaba hacia la ciudad, pues explicaba una migración desmedida, que generaba grandes acumulaciones de pobreza, subempleo y falta de servicios esenciales en las grandes urbes.

El socialismo del siglo XX y su alineamiento con la modernidad industrial intensa

La visión socialista que fue madurando en los años 50-60 del siglo XX, teniendo la experiencia soviética como base primera, cabe presentarla como una vía del desarrollismo y la modernización, igualmente ligada a la industrialización de la economía. Esto es expresado en los términos de una «ley histórica» al establecerse que «en un determinado nivel de las fuerzas productivas el crecimiento deja de ser posible sin la industria» (Rutkowski, 1965, p. 34). Este objetivo industrializador era entendido como la tarea básica del socialismo en los países en que la herencia histórica era de un bajo desarrollo económico capitalista y no un capitalismo avanzado.

La estrategia industrializadora socialista puso especial énfasis en los bienes de producción, entendidos como el corazón de aquella; es decir, en la «industria pesada», en contrapunto a la «industria ligera» o «liviana» (Lange, 1965). Esta orientación se hizo más moderada en las expresiones de la década de los años 60, de parte de algunos países del «tercer mundo», particularmente africanos, en los que se les dio, al menos en algunas de las experiencias, una consideración particular a la agricultura campesina y a la autosuficiencia alimentaria¹⁰ (Bénot, 1969).

La estrategia socialista estableció relaciones entre el propósito de la industrialización y la función de la agricultura; dada la situación de una modernización en condiciones *atrasadas*, se planteaba una suerte de acumulación económica primitiva, en que la realidad agrícola era fundamentalmente evaluada en función de apoyar aquel objetivo (Lange, 1965). Los pobladores rurales constituían la base demográfica inicial para abastecer de trabajadores la industrialización del país, lo que planteaba la necesidad de modernizar y aumentar la producción agrícola, normalmente caracterizada como semi feudal, para abastecer de alimentos a la creciente población urbano-industrial. Este salto en productividad y producción agrícola se basó, primeramente, en un cambio de la propiedad de la tierra y de las consecuentes relaciones de producción. La modernización agrícola se entendió, esencialmente, como una reforma agraria no realizada previamente por el capitalismo, planteada en beneficio de los asalariados rurales y del pequeño y mediano campesino, y necesaria para el desarrollo nacional (Strauss, 1971).

10 Un exponente principal de esta perspectiva es Julius Nyerere, líder de Tanzania, quien expuso los principios de un socialismo africano —declaración de Arusha en 1967— que debía traer la autosuficiencia y la no dependencia económica respecto de los países del norte. En continuidad con lo que antes llamamos un enfoque campesino de modernización, valorizaba el *Ujamaa* o sistema de relaciones de solidaridad y de cooperación mutua, propio de las comunidades rurales, lo que percibió consistente con la introducción del colectivismo agrícola.

Pero en las visiones y estrategias socialistas hubo variantes y disputas internas de enorme significado político. En el proceso chino, inicialmente se expresó una mayor valorización del campesinado¹¹, pero el fracaso de ciertas políticas hizo imponerse el diagnóstico interno del «retardo de la China» y de una modernización e industrialización más acelerada (Peemans, 2002). En la gestión de la agricultura, ya reformada en su propiedad, el socialismo mostró también debates y políticas cambiantes: ¿cuánto debe ser el grado de colectivización? ¿Cuánto es el espacio permitido a la pequeña producción mercantil agraria y a las cooperativas? En general se avanzó hacia el modelo predominante de la gran colectivización, establecido en la época estaliniana, y de un cooperativismo para-estatal, salvo en países como Polonia y Yugoslavia (Kardelj, 1976). Ello despertaba debates y preocupación en términos del conflicto entre trabajo dedicado a la parcela propia y el trabajo para el colectivo (Dumont, 1983).

Se observan también constantes ciclos de cierta liberalización de la agricultura —autorización de márgenes de usufructo y de venta privada de los productos de la tierra—, que intentan resolver crisis o estancamientos. Ello abarcó hasta la política cubana desde la década de los 90, luego de una fuerte crisis de abastecimiento alimentario interno. Estos ciclos liberalizadores, sobre todo en el caso de los países de Europa oriental, solieron ser seguidos de momentos de mayor regulación y colectivización, que buscaban evitar la formación de clases o estratos diferenciados en el sector agrario, producto de los distintos resultados de rentabilidad que se generaban entre los productores agrícolas (Dumont, 1983). En el caso de Tanzania y Argelia, socialistas, hubo una estrategia de construcción de pequeñas ciudades rurales, que tuvo muchas dificultades por los déficits de equipamientos e insumos, así como por el rechazo de la población a su transferencia locacional forzada y a la no realidad de una supuesta y automática correspondencia cultural entre tradición comunitaria y planificación colectiva (local). Allí, también, a pesar de lo declarativo, los precios agrícolas, frecuentemente muy bajos, favorecieron el mercado negro e incluso el contrabando¹².

Finalmente, el análisis de la relación entre modernización agrícola e industrialización se complementó, en el enfoque socialista como en otros, por la importancia que se le daba a la producción industrial para la expansión agrícola, al equiparla de utensilios, máquinas, abonos y energía eléctrica. Es decir, si la modernización agrícola era entendida como condición para la industrialización, esta última se transformaba, también, en una condición para aquella y se asociaba a la idea de la industrialización de la agricultura, que ganó lugar en el siglo XX (Strauss, 1971).

11 Es interesante destacar que esas sensibilidades *campesinistas*, en su momento, generaron simpatía en las fuerzas socialistas de países del sur y del norte bajo la idea de que allí había un *otro desarrollo* u otro socialismo respecto de la estrategia de la URSS. En un momento diferente, esa referencia positiva hacia una sociedad con mayor centralidad en la ruralidad tendió a romperse con la lectura sobre la experiencia radical y delirante de los Khmer Rouges en Camboya y de Sendero Luminoso en Perú que, que, en el primer caso, buscó instalar una sociedad y colectivización campesina y destruir las ciudades y vida urbana.

12 Esto se enmarca en algo presente, en todos los procesos históricos de transición rural-agrícola a urbano industrial: las relaciones de intercambio (precios) entre productos agrícolas y productos industriales que definen el grado de las transferencias desde el sector agrario a la industria o, dicho de otra manera, la carga de los trabajadores agrícolas y campesinos para financiar la industrialización. Estas relaciones de intercambio fueron un centro de discusión ya en los años 20 del siglo XX en la URSS, con visiones encontradas como las de Bujarin y Provachenski: se desprendía de los precios que allí se daban, casi siempre definidos por el Estado, el grado en que la industrialización, pero también el desarrollo del propio Estado y su fuerza militar, se sustentaban en el valor creado, pero no apropiado, por los trabajadores rurales y campesinos.

La necesidad de cambios en las condiciones agrícolas, en la vida rural y como desbloqueo de procesos de industrialización en curso

En la década de los 60 del siglo XX se consolidó la visión de que no existía un límite natural ni tecnológico al aumento de la producción agrícola —con la revolución verde en plena marcha—, marcando una reversión radical respecto al pesimismo malthusiano de un siglo antes¹³. En contraste, la situación real de buena parte del mundo rural y agrícola era visualizada como crítica y de pobreza (Chonchol, 1977). Se expandió la idea que la agricultura no respondía a las necesidades económico-sociales de los países *no desarrollados* (Myrdal, 1964), y se enfatiza la brecha entre atraso agrícola y rural con relación a la parcial modernización urbana (Astori, 1984).

Los componentes criticados desde la mira del desarrollo eran vastos y recogían puntos de vista diversos (Kay, 2015; Astori, 1984). El campo aparecía retratado como paisaje de pobreza, que comprendía y causaba grados de desnutrición en la sociedad, disminuyendo su nivel de productividad, reñido con la satisfacción de las necesidades básicas que ganaban lugar como definición e indicador de desarrollo. También se representaba como una realidad de malas condiciones de trabajo, con dinámicas de explotación y opresión que incluían, desde análisis críticos, grados de sobre y auto explotación en beneficio de los sectores urbanos o las clases propietarias agrarias, y de «subutilización» o «subocupación» del trabajo (Amin y Vergopoulos, 1975). Clave, en ciertas visiones estructuralistas, eran la funcionalidad de la economía campesina y de los minifundios —la otra cara del latifundio— para sostener un salario bajo en la economía, y la idea que la pobreza rural no era independiente de una larga cadena de subordinaciones y extracción de excedentes que tenían su vértice superior en los agentes de escala mundial y terminaban en el campesino pobre (Frank, 1970).

En ciertas visiones del desarrollo, que buscaban vincularlas a la democratización de la sociedad, las áreas rurales no superaban plenamente las relaciones serviles antiguas, heredadas desde tiempos coloniales en el caso latinoamericano; reproducían poderes hacendales tradicionales frente a los pequeños propietarios y a los sin tierra, aunque ello era contestado por autores que buscaban afirmar el carácter esencialmente capitalista (y no precapitalista) de la agricultura (Palma, 1987). La noción de colonialismo interno retrataba los espacios rurales como lugares de sometimiento y desigualdades económicas y extraeconómicas, prolongación del colonialismo previo, que reproducían relaciones de dominación racial frente a indígenas y afrodescendientes.

Esta presentación de un paisaje rural extendidamente precario y desigual, no modernizado, fue asociada, desde distintos ángulos, a la concentración de la propiedad de la tierra, donde un pequeño porcentaje de propietarios controlaba la mayoría de las mejores tierras (Barraclough, 1968). El binomio sistémico latifundio-minifundio apareció como un enorme bloqueo al mejoramiento social y productivo rural. En el

13 Aunque ya aparecerán diagnósticos de los males que está provocando la tecnología en la tierra. La publicación de *Primavera silenciosa* de Rachel Carson a principios de los años 60 marca un hito en mostrar los efectos de los pesticidas sobre la tierra y las personas.

primero se subutilizaba la tierra, y en el segundo se subutilizaba la fuerza de trabajo, siendo escasas las posibilidades de modernización y la generación de una pequeña industria rural, como posteriormente sería destacado en algunos países asiáticos. Todo ello seguía explicando los millares de migrantes que se integraban con alta precariedad en las ciudades (Palma, 1987).

A pesar de esa asimetría de poder, en estos años 60, se dio la emergencia de posiciones contestarias, especialmente en Asia, constituyéndose en una territorialidad en que se expresaba un desasosiego social y político y que empujaba a la necesidad de cambios (Remy, 1990). Retomando algunos acontecimientos históricos, el campesinado fue recuperado en algunos discursos como fuerza revolucionaria, particularmente en términos de lucha por la tierra o, al menos, como un actor a reconocer como parte de la democratización del sistema (Peemans, 2015). También, desde ciertos planteamientos emergentes y críticos, la mujer rural fue visibilizada no solamente como *ama de casa*, sino como protagonista en los aspectos productivos (Escobar, 2014).

Lo que cierra este arsenal crítico (o lo abre, para muchos), es que todos estos inconvenientes fueron vistos en perspectivas desarrollistas influyentes como graves dificultades para los procesos de expansión industrial y como un estrangulamiento para el desarrollo (Astori, 1984). Al retraso agrícola se le adjudicaban las presiones hacia los precios de los alimentos y la necesidad de uso de divisas escasas para comprarlos, y la falta de integración de la agricultura y la población rural, todavía amplia, como mercados para la industria, tanto de bienes de consumo como de inversión¹⁴; a la vez, se le responsabilizaba por el escaso aporte al aumento del ahorro nacional para el excedente invertible, que se gastaba en el consumo suntuario de las clases pudientes (Sunkel y Paz, 1970).

Frente a esa expandida idea de crisis agrícola surgieron propuestas de políticas, aunque desde distintas perspectivas y sentidos. Listas de problemas fueron enunciados o enfatizados respecto de la situación de los productores agrícolas menores, como el acceso a tecnología, el financiamiento, los canales de comercialización (para evitar que la ganancia se fuera en los intermediarios), y la necesidad de fomentar grados de asociativismo.

A comienzo de los años 70, una propuesta más elaborada fue la del Desarrollo Rural Integrado levantada por el Banco Mundial, que hablaba de actuar paralelamente en la modernización agrícola de los pequeños productores y en la mayor urbanización del campo (servicios urbanos) para mejorar los ingresos agrícolas y ralentizar la fuerte migración campo-ciudad¹⁵ (Assmann, 1980). Promovía reforzar o crear una institucionalidad rural que incluía investigación, extensión y capacitación, y que debía actuar asistiendo y empujando a los pequeños agricultores hacia el mercado, asegurando mejores precios para sus productos. Eso incentivaría la producción, en tanto el diagnóstico era que ellos respondían, como cualquier agente, a los

14 Además, en algunas visiones, se recalcará la insuficiente monetización y la existencia de relaciones pre-monetarias o pre-mercantiles, que limitaban la dinámica económica de mercado.

15 Algunas de estas políticas, en vez de detener la migración, a veces terminaban acelerándola, pues cierto grado de modernización rural podía reforzar el deseo de migrar; además, solía producir una cierta diferenciación entre los campesinos, según accedieran o no a las políticas de apoyo.

estímulos económicos (Schultz, 1969). Paradójicamente, en poco tiempo, los campesinos habían pasado de ser exponentes de una cierta tradicionalidad a ser concebidos como agentes claves de una modernización necesaria (Escobar, 2014).

Sin embargo, algunas de estas políticas mostraban sus limitaciones cuando la propiedad de la tierra era muy concentrada (Chonchol, 2000), reforzando la visión que la acción fundamental para mejorar la situación agrícola y rural era algún grado de reforma agraria, visión central en el estructuralismo cepaliano y en los teóricos de la dependencia, desde la mitad de los años 60 (Kay, 2015). Ello no era tan fácil de concretar, pues se hacía ver que los grandes propietarios de la tierra no constituían solo un poder agrario, sino actuaban como base de un poder de alcance societal, refractario a cambios en la propiedad. A esto se agregaban las heterogeneidades de grupos como los campesinos permanentes, que habían vivido en las propiedades de los dueños (inquilinos), los pequeños agricultores o minifundistas, y los trabajadores asalariados no residentes de manera fija (afuerinos)¹⁶. En medio de ello, en general, las reformas agrarias tomaron popularidad en América Latina, recibiendo un apoyo moderado norteamericano que, como las autoridades de la Banca Mundial, vieron el peligro de estallidos sociales como resultado de la pobreza y la falta de oportunidades rurales (Lehmann, 1982).

Asimismo, por lo que hemos dicho anteriormente, algunas expresiones del empresariado industrial verán con simpatía dicha reforma, pues el atraso agrario bloqueaba sus procesos de acumulación, aunque matizada por la preocupación de que se legitimara la necesidad, más general, de intervenir sobre la propiedad privada en nombre del bien común (Chonchol, 1977). Factor clave que, finalmente, impuso un cierto límite a la realización de procesos de reformas agrarias extendidas y profundas en América Latina¹⁷.

Las visiones neoliberales, la globalización y los encadenamientos mundializados, las contestaciones neoestructuralistas e institucionalistas

En los últimos decenios el fenómeno de la globalización se aceleró, animado por la constitución de grandes agentes y capitales económicos transnacionales, de cambios tecnológicos que ayudan a la compresión espacio-tiempo y a las transformaciones institucionales que la facilitan. Como parte exponente y motora de ello se han consolidado los agronegocios mundializados, expresados en amplias cadenas productivas, y muchos territorios locales se han vuelto funcionales a esos procesos que configuran un sistema alimentario mundial. Las agroempresas globales integran verticalmente las actividades antes controlados en forma

16 Asimismo, una reforma agraria introducía debates y disputas acerca de su orientación (¿debía ser la creación de una clase media agrícola, una cierta colectivización o un énfasis en formas cooperativas?), de los ritmos de expropiación, de la constitución de reservas de tierra para los propietarios, de las formas de asignación, la magnitud de los beneficiarios, etc.

17 Se miraba a América Latina como un continente que no había realizado una reforma modernizante de la agricultura, salvo en los casos de México, Bolivia y Cuba, y ello representaba un gran obstáculo para los procesos de desarrollo.

independiente por todo un abanico de empresas¹⁸, en que están presentes nuevas tecnologías para el procesamiento, transporte y comercialización y el uso de biotecnologías implicada en la ingeniería genética, en que se generan nuevas semillas, variedades y fertilizantes (Escobar, 2014).

La visión que ha sustentado la bondad de este proceso es la que se ha denominado, desde sus críticos, como neoliberalismo: economías nacionales abiertas, de libre comercio, en que se debe salir a exportar productos competitivos, con ventajas en los mercados mundiales. Esto, bajo la *regulación* de precios libres y de monedas no sobrevaluadas¹⁹. La agricultura, como cualquier sector productivo no debe tener preferencias, pues ello significa introducir distorsiones a la regulación *libre* del mercado, y debe tener capacidades de adecuación, para lo cual deben haber mercados de tierras altamente flexibles en su propiedad y uso (Payer, 1980).

La combinación sinérgica de los procesos de globalización y las visiones liberales de los últimos decenios han tenido efectos fuertes sobre las realidades agrarias (Gwynne y Kay, 1999). Se han acentuado procesos de proletarianización y desplazamiento campesino; se han hecho evidentes los problemas de sectores no competitivos en los mercados internacionales y desplazados por productos externos; han crecido territorios rurales mono-productores exportadores con grados variables de éxito, pero con pérdida de diversidad productiva y en múltiples casos con daños al ecosistema. Estos procesos globalizados están imbricados con grados importantes de mayor concentración de la propiedad, significando una apropiación de una decena de millones de hectáreas de tierras y bosques en América Latina, Asia y África (Ansoms y Hilhorst, 2014). Ello ha implicado, en cuanto a gobernanza, una pérdida de márgenes de maniobra de los gobiernos locales y, en ciertos casos, sectores agrícolas que subsisten en base a subsidios, como en Europa, lo que no se permiten en otras zonas (Gómez, 2008).

Para la visión neoliberal se trata de integrar a los territorios rurales en las cadenas de valor globalizadas. El campesinado y las colectividades locales rurales son vistas como agentes a incorporar a una acumulación global, lo que significa fortalecerse y desarrollar capacidad para las reconversiones necesarias. Se señalará que es eso, justamente, lo que buscan los campesinos y que es la condición para asegurar la alimentación mundial (Verhaegen, 2018). En sus versiones más radicales, los neoliberales dirán que lo que se ha configurado en múltiples zonas es un *micro-capitalismo* en que las familias campesinas se orientan hacia el mercado y la *comodificación de las relaciones de producción*, como productores exitosos, a través de su integración en las cadenas de valor con los grandes agentes, aunque se reconozca la existencia de ciertas asimetrías de poder en los mercados²⁰. Bajo ese análisis, desde esta visión liberal surgen propuestas para ampliar esas cadenas con modelos como los de «negocios colaborativos»²¹ (Verhaegen, 2018).

18 Las empresas transnacionales tienden a dominar los procesos de provisión de insumos y bienes de capital para el agro, la elaboración de productos, su distribución y comercialización. Solo no manejan directamente la producción misma del producto primario (alimento).

19 Esto es consistente con la visión neoliberal, recogiendo una tradición neoclásica de los años 50 del siglo XX, en que algunas políticas intervencionistas, con fuerte sesgo urbano, fijaron precios que hicieron caer la rentabilidad y las inversiones agrícolas. Sin embargo, contestando esta visión neoliberal del sesgo urbano, se ha señalado que fue más perjudicial para campesinos y peones, pues los terratenientes transfirieron hacia ellos la relación no favorable de precios y porque, además, tenían subsidios para sus maquinarias, lo que actuaba como mecanismo compensador.

20 En definitiva, se señala que ya no hay campesinos propiamente tales en esta globalización capitalista, pues muchos de ellos se reproducen también manejando capital y se mueven entre y con trabajo y capital, y no constituyen un grupo homogéneo opuesto al capital.

21 Desde la perspectiva de un enfoque como el dependientista, todo esto es visto como una versión de la dependencia asociada a la transnacionalización y dominio de los conglomerados agroindustriales de los mercados mundializados.

Frente a esta visión neoliberal, particularmente en América Latina, teniendo en cuenta algunos efectos de los programas de aquel tipo y más allá de la agricultura, han surgido críticas y visiones contestarias que han sido caracterizadas como neoestructuralistas. Estas emergen a fines de los 80 y maduran en los años 90 del siglo XX, expresando un intento de reposicionamiento de la Cepal frente a la cuestión del desarrollo. El neoestructuralismo explicita una (auto)crítica al estructuralismo más clásico, por una excesiva confianza en el Estado y una cierta desconsideración del rol de los mercados y de la importancia de los equilibrios económicos, así como la insuficiente centralidad de la preocupación por el desarrollo exportador y la inserción en la economía mundial.

Sin embargo, a la vez, establece su distancia del neoliberalismo planteando que el funcionamiento económico, y en particular esa inserción internacional, no puede ser plenamente entregada a los mecanismos de mercado y a los agentes privados, pues eso conducirá a los países de América Latina (menos desarrollados) a una integración pobre, centrada en productos primarios, que definen una competitividad espuria, no auténtica (Fajnzylber, 1990). Esto tendría como efecto, reafirmado en análisis posteriores, el de *primarizar* la economía, sobreexplotar recursos naturales, acentuar las grandes fragmentaciones productivas y desigualdades socioeconómicas ya existentes (heterogeneidad estructural), generar escaso valor agregado y poco avance de la ciencia y la tecnología nacionales. Escapar a esta tendencia supone un rol del Estado en campos como la educación, la infraestructura, la ciencia y la tecnología, la regulación ambiental e incluso en el ámbito de los equilibrios macrosociales (Sunkel, 1991).

Se postula que en lo agrícola no basta que se liberen los precios, sino que debe haber una política que reemplace las fallas de mercado en sectores como la tecnología, que reconozca la heterogeneidad de los productores agrícolas, que ayude a transformar patrones de producción con nuevos cultivos y que genere un sistema de acceso a servicios y mercados (Kay, 2015). Todo ello, es visto como condición para aumentar la capacidad competitiva de los campesinos. Puede observarse, así, una idea de reconstitución o refortalecimiento de las instituciones de apoyo a los productores agrícolas, frente a una política liberal de vaciamiento o debilitamiento institucional (Gómez, 2008). Por otro lado, se pierde de vista la importancia dada a la reforma agraria de decenios anteriores, y el diagnóstico parece ser que una parte de la pequeña agricultura tiene potencialidades de inserción y reproducción en la economía, aunque queda poco claro cómo lo resuelve el sector que posee demasiada poca tierra.

Respecto de la conformación de la gran red de agronegocios y de las transnacionales que actúan en el sector agrícola y configuran los territorios agrarios, el neoestructuralismo critica estas relaciones asimétricas, aunque no plantea la necesidad de eliminarlas, sino generar condiciones institucionales que permitan mercados más regulados y equilibrados en cuanto a poder (Kay, 2015).

En esta perspectiva más institucionalista, crítica de la visión liberal fuerte, se elaboran propuestas hacia el sector rural que emanan de una cierta corriente, más general, que le concede importancia al desarrollo desde los territorios locales, en que la afirmación de base es que la inserción en la economía mundializada solo puede serlo desde territorios con alta densidad de relaciones y cooperaciones locales (Gómez, 2008). Con esa perspectiva, las concertaciones locales entre diversos agentes, la descentralización estatal y el rol protagónico de los municipios para una acción pública más territorializada y menos sectorializada, se

hacen clave. Así, también, la valorización de las historias, identidades, tradiciones y culturas locales como componentes de una mejor posición dentro de una competitividad internacional definida como fenómeno determinante y marco de todo desarrollo nacional y local. Ello se aplica en los territorios rurales o con presencia de ruralidad importante, fomentando las relaciones de los agentes locales como una perspectiva de desarrollo de dichas zonas, en que el uso de los materiales, energías y conocimientos locales es valorizado como una base de recursos para el desarrollo (OCDE, 1992).

Vía Campesina, recuperación del campesinado, nueva agricultura y otro desarrollo

Una perspectiva ligada a movimientos de base campesina, pero que también integra a intelectuales y activistas, es la de Vía Campesina, que prolonga la defensa y continuidad de una economía rural estableciendo sinergias con enfoques críticos del desarrollo vigentes, que apuntan a la búsqueda de alternativas sociales (Verhaegen, 2018).

Desde fines del siglo XIX se instauró el diagnóstico del campesinado como clase productora y modo de vida en disminución, destinado a la extinción, producto del desarrollo capitalista en el campo y el avance de la proletarización rural. Kautski analizó cómo el capital revolucionaba las formas de propiedad y de producción, y Lenin cómo el capitalismo necesitado de mercado doméstico y de separar medios de producción de pequeños campesinos, hacía que esto dejara de producir para su subsistencia (Lenin, 1972). En síntesis, la erosión de la economía rural se daba como resultado natural del proceso capitalista lo que, además, permitía superar el atraso agrícola. Sin embargo, pronto surgirá la pregunta de por qué una parte importante del campesinado subsiste y se autorreproduce en la Europa de fines del siglo XIX y principios del siglo XX (Thorner, 1979). Así, emergen lecturas de esa economía que mostraban sus grados de solidez y de auto-producción desde racionalidades propias como las que devela Chayanov, que la reconoce y fortalece como un modo de producción y no una mera forma de transición (Bartra, 1979).

No obstante, como tendencia general podemos decir que hasta pasada la mitad de siglo XX se consolidó una mirada que le restaba importancia y valor a la agricultura campesina de subsistencia como agente de desarrollo. La modernización agrícola en distintos países, aún en los africanos, visualizaba la eliminación del pequeño campesino y su disminución seguía ocurriendo. Sin embargo, en la realidad, esta economía campesina —aunque disminuye y existen zonas de despoblamiento parcial y envejecimiento— sigue reproduciendo a parte de la población agraria. Ello, con algunas variantes, como el hecho de que algunos productores agrícolas, sin ser completamente desposeídos, ya no tienen la posibilidad de reproducirse fuera del orden mercantil y necesitan vender bienes y fuerza de trabajo, lo que mercantiliza su subsistencia (Astori, 1984).

Así, han resurgido planteamientos que revalorizan la producción agrícola de pequeña escala tanto desde la perspectiva del crecimiento y la disminución de la pobreza como, mucho más significativamente, de la actoría campesina como eje central de una estrategia de desarrollo alternativa. En efecto, se puede observar que desde los años 80 y 90 del siglo XX surgen análisis del desarrollo rural que buscan visibilizar grados de

vitalidad y creatividad de las sociedades campesinas para adaptarse a condiciones adversas, reproducirse y sobrevivir, consolidando *lugares de vida* sustentados en grados de reciprocidad y segurización (Peemans, 2018). Visiones más recientes han considerado la potencia de experiencias y organizaciones rurales, que han sostenido el peso actoral de los campesinos en una vía de desarrollo propia. Allí aparecen la experiencia de Chiapas y del Movimiento de los Sin Tierra (MST), que expresan e inspiran *desde abajo*, y formas de desarrollo que plantean la cuestión de la propiedad y los poderes territoriales locales con autonomía.

Podríamos decir que esta corriente propone una reivindicación de las economías campesinas desde la cual se levantan valorizaciones diversas, que empalman con visiones alternativas de desarrollo o post-desarrollo nutridas de expresiones indígenas; aquí lo rural se condensa en la relación de la vida con la tierra y en sus prácticas más comunitarias, alejándose de asimilarlas a pobreza o atraso, sino entendiéndolas como formas a conservar y proyectar (Acosta, 2005). En su dimensión de crítica y resistencia al neoliberalismo, pero también al capitalismo y a la modernidad, esta visión *campesinista* problematiza la dependencia, la estandarización (mono-producciones) y la competencia impuesta a los campesinos, desde lo que define como las fuerzas del gran capital y del mercado, que buscan definir una forma de ocupar y usar el espacio agrario movidas por la ganancia.

Como alternativa, se propone una orientación ecologista y ambientalista de la agricultura, planteada como opuesta a las diversas contaminaciones producidas por el sistema extractivista y al calentamiento global, contra la producción transgénica, defensora de la biodiversidad, promotora de productos sanos, que aboga por la disminución y eliminación del uso de fertilizantes y por la sostenibilidad en general. Una serie de prácticas concretas expresan estas orientaciones, como la experiencia de escuelas agroecológicas, el intercambio de semillas tradicionales, las ofrendas al agua, a la semilla, a la tierra. Ello suele expresarse como lo que aseguraría verdaderamente una agricultura durable (Vía Campesina-FIAN 2003).

Compartiendo aspectos de la valorización de lo local antes señaladas, pero desde una perspectiva crítica mucho más radical al orden económico global liberal, algunas lecturas actuales promueven este tipo de agricultura como alternativa. Expresa o implícitamente, sin derivar en una conceptualización autárquica, hay una propuesta de *relocalizar la economía y la sociedad*, al proponer relaciones más cercanas, preferir productos locales de época y disminuir la importación (dependencia) del aprovisionamiento lejano. También, aumentar y cualificar las relaciones entre campesinos productores y consumidores, estableciendo prácticas de transferencia, ensalzando la importancia de las dimensiones relacionales y de los lazos sociales entre lo rural y lo urbano. Todo ello, inspirado en principios como un alto grado de autosuficiencia y soberanía alimentarias, lo cual comprende la gestión autónoma de la relación con la naturaleza, quitándole a esta el carácter de recurso, bien de capital o de medio de valorización, a través de campos como la biotecnología (Vía Campesina 2000).

Reflexiones finales e ideas referenciales

La cuestión de la relación entre las visiones del desarrollo y el lugar de lo rural ha tenido constantes y movimientos, relacionados, a su vez, con cambios económicos y sociales. Durante un buen tiempo tuvo que ver con la *funcionalización* de la agricultura hacia la industrialización, considerada esta, aunque con contestaciones, como el corazón del desarrollo y la modernización. Allí, lo rural y lo agrícola, sobre todo desde la mirada económica, aparecen asimilados. A la vez, también existieron con antelación —retomados parcialmente en momentos posteriores— planteamientos subalternos comunitaristas, que le dieron valor a las formas campesinas y los rasgos de la ruralidad, y que buscaron situarlos en una *otra idea del progreso*, crítica a la concepción occidental dominante, juzgada como individualista, competitiva y materialista.

En los períodos de los debates sobre desarrollo, las discusiones acerca de la realidad y las políticas agrícolas adquirieron alta centralidad, como la cuestión de las reformas agrarias y las formas de propiedad, la construcción de empresariedad agrícola, el sostén de la agricultura familiar campesina, la articulación, dependencia o desconexión de la economía global y las cadenas agroalimenticias. En otros momentos, hacia la situación agrícola y rural *rebotan* cuestiones sensibles, como la cantidad y la calidad de los alimentos o la situación ecológica planetaria. Todas estas discusiones, arraigadas en conflictos sociales que las hacían significativas, han expresado, simultáneamente, que la idea del desarrollo se muestra como un campo de disputa, de hegemonías, de cambios y de emergencias, asociado a nuevas circunstancias, ángulos de mirada y peso de grupos sociales²². Partiendo de esa historia y de las circunstancias presentes se pueden formular algunas ideas referenciales, desde una cierta mirada de la situación presente.

Algo inicial es que un largo proceso de cambios socioespaciales obliga a leer el territorio rural como algo más amplio que la agricultura, más que un simple espacio de producción y abastecimiento de alimentos y soporte de las correspondientes relaciones sociales de producción. Por un lado, esa ruralidad se presenta como un área con mucha mayor diversidad de sectores productivos y de trabajos (servicios múltiples, artesanías, pequeña industria, turismo). Por otro, expresa un espacio en que hay sociedades locales, contenedoras de modos de vida con culturas e identidades no fijadas y que deben ser sustentables.

Aceptado lo anterior, ello no significa un desplazamiento absoluto de la consideración de la producción agrícola, pues esta no solo sigue existiendo, sino que es relevante para cuestiones que han sido referidas como objetivos del desarrollo. Allí se juega lo que ocurre y ocurrirá con las condiciones de vida de millones de campesinos y agricultores, con los grados de concentración de la riqueza y la tierra, con la sustentabilidad y el tipo de metabolismo humano-naturaleza, con la seguridad y soberanía alimentaria y las necesidades básicas, con las formas y calidades de la producción y las implicancias en la salud y con el equilibrio social y demográfico regional.

22 Remarco esto, pues corrientes de liberalismo radical actual han invisibilizado la discusión emergente desde los años 70 sobre qué es el desarrollo, asimilando nuevamente una correspondencia entre desarrollo y crecimiento. Asimismo, algunas perspectivas del post-desarrollo han parcialmente desconocido las importantes contribuciones críticas a una redefinición del desarrollo bajo nociones como *desarrollo alternativo, otro desarrollo o mal desarrollo*.

Esta importancia de la dimensión agrícola, entendida como una parte de lo rural, pareciera conducir naturalmente a un *enfoque territorial* que, con distintos énfasis y sentidos, algunas aproximaciones al desarrollo han destacado en los últimos decenios. Así también está presente en los enunciados de lo que debiese ser el post-desarrollo y su orientación hacia las identidades y el habla de personas y comunidades como fuente primera de una buena vida sustentable. Estas territorialidades locales no deben entenderse como mero soporte físico de la vida social, sino como construcciones sociales.

Pero la perspectiva territorializada de análisis y acción no significa solo gestionar lo agrícola con lo no agrícola dentro de la ruralidad, sino gestionar también la conexión de lo rural con lo urbano, partiendo del hecho que ya muchos territorios contienen esa hibridación configurando territorialidades más híbridas o mezcladas («rururbanas»). Con esa aproximación se imponen las potencialidades de las cadenas de relacionamiento, en que se pueden reconocer áreas periurbanas y perirurales, abriendo posibilidades a una agroecología extensiva y al rol articulador de centros urbanos en medio de áreas rurales.

Las ideas anteriores llevan a plantear una relativa mayor *localización* de la vida socioeconómica, arraigada en sociedades locales fuertes, aunque no cerradas. Solo ello puede ejercer un contrapeso a la multiplicación de flujos verticales globales que fragmentan las interdependencias y relaciones más localizadas y que permiten un excesivo poder de los agentes que actúan a esas escalas más globales y de lo cual los agronegocios son un ejemplo avanzado.

Una perspectiva tal supone capacidades territoriales aumentadas de gobernanza y gestión local, lo que, a la vez, implica el fortalecimiento de una institucionalidad local capaz de cumplir roles de ordenación, de sostenibilidad y restauración, de fomento de actividades y de creación de conocimiento. Para ello, la acción pública debe ser con fuertes caracteres transectoriales articulados por lo territorial.

Pero lo intersectorial público no basta si esa gestión no presenta características inter-actorales; es decir, en que los actores del territorio tengan participación, ejerzan ciudadanía, y se combinen los aspectos de la democracia representativa con la democracia deliberativa y la democracia más directa. En ello deben estar presentes las representaciones campesinas, combinando sus defensas con sus aportes a una perspectiva territorial que a la vez los incluya y los desborde.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, A. (2008). El buen vivir, una oportunidad por construir. Ecuador debate. *Innovaciones y retos constitucionales*, 75, 33-47.
- Almond, G. (1960). *The politics of the developing areas*. Princeton University Press.
- Amin, S. y Vergopoulos, K. (1975). *La cuestión campesina y el capitalismo*. Nuestro Tiempo.
- Ansoms, A. y Hilhorst, T. (2014). *Losing your land: Dispossession in the great lakes*. Boydell y Brewer.
- Arico, J. (1995). *El populismo ruso*. Revista Estudios, 5, 31-52.
- Assmann, H. (1980). El 'progresismo conservador' del Banco Mundial. En H. Assmann (ed.), *Banco Mundial: un caso de "progresismo conservador"*. Departamento Ecuménico de Investigaciones.
- Astori, D. (1984). *Controversias sobre el Agro Latinoamericano. Un análisis crítico*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Bartra, R. (1979). La teoría del valor y la economía campesina: Invitación a la lectura de Chayanov. En Desco (Ed.), *Economía Campesina*. Desco.
- Barracough, S. (1968). *Notas sobre tenencia de la tierra en América Latina*. ICIRA.
- Bellamy, J. (2000). *La ecología en Marx*. El viejo topo.
- Bénot, Y. (1969). *Idéologies des indépendances africaines*. Maspero.
- Coquery-Vidrovitch, C. (1988). *Pour une histoire du développement*. L'Harmattan.
- Chonchol, J. (1977). *Chili: de l'échec a l'espoir*. Cerf.
- Chonchol, J. (2000). El problema agrario en el contexto de la Globalización. En ALSR (Ed.), *Treinta años de Sociología rural en América Latina*. Asociación Latinoamericana de Sociología Rural. Sociedad brasileña de sociología.
- Dumont, R. (1983). *Finis les lendemains qui chantent (Albanie, Pologne, Nicaragua)*. Seuil.
- Escobar, A. (2014). *La invención del desarrollo*. Universidad del Cauca.
- Fajnzylber, F. (1990). *Industrialización en América Latina: de la "caja negra" al casillero vacío. Comparación de patrones contemporáneos de industrialización*. N.U.
- Fei, J. y Ranis G. (1961). A theory of Economic development. *American Economic Review*, 51(4).
- Ferguson, J. (1987). *Historia de la Economía*. Fondo de Cultura Económica.
- Frank, A. G. (1970). *Capitalismo y Subdesarrollo en América Latina*. Signos.
- Gandhi, M. (1998). *The Collected Works of Mahatma Gandhi*. Publications Division Government of India.
- Germani, G. (1962). *Política y Sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Editorial Paidós
- Gómez, S (2008). *La "nueva ruralidad". ¿Qué tan nueva?*. LOM Ediciones.
- González, R. (2013). Revisitando la historia de las teorías del desarrollo. *Revista CUSHO*, 23(1), 55-91.
- González, Raúl (2019). Pasarelas, diálogos y muros entre el progreso/desarrollo y lo común/comunidad (notas parciales y en filigrana). *Revista Castalia*, 32, 67-84.
- Gwynne, R. y Kay, C. (1999). *Latin America transformed: globalization and modernity*. Arnold.
- Jorgenson, D. (1961). The development of a dual economy. *Economic Journal*, 71(282), 309-334.
- Kardelj, E. (1976). *Les contradictions de la propriété sociale dans le système socialiste*. Anthropos.

- Kay, C. (2015). *Los paradigmas del desarrollo rural en América Latina*. Instituto de Estudios Sociales de La Haya.
- Lange, O. (1965). *Problemas de economía política del socialismo*. Fondo de Cultura Económica.
- Lehmann, D. (1982). After Chayanov and Lenin: New paths of agrarian capitalism. *Journal of development economics*, 11(2), 133-161.
- Lenin, Vladimir Ilich (1972): "El desarrollo del capitalismo en Rusia". Quimantú, Santiago de Chile.
- Lewis, A. (1955). *The theory of economic growth*. Routledge.
- Myrdal, G. (1964). *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*. Fondo de Cultura Económica.
- OCDE (1992). *Empresas y creación de empleo en las zonas rurales*. Ministerio del Trabajo y Previsión Social.
- Palma, G. (1987). Dependencia y desarrollo: una visión crítica. En D. Seers (Ed.), *La teoría de la dependencia, una reevaluación crítica*. Fondo de Cultura Económica.
- Payer, C. (1980). El Banco Mundial y los pequeños agricultores. En H. Assman (Ed.), *Banco Mundial: un caso de "progresismo conservador"*. Departamento Ecuménico de Investigaciones.
- Peemans, J.P. (2002). Le développement des peuples face a la modernisation du monde. Population et developpement 10. Academia Bruylant, L'Harmattan.
- Peemans, J. P. (2018). Le développement dans une perspective historique". En I. Yépez del Castillo, S. Charlier, A. Lemaître, E. Piccoli y É. Verhaegen (Eds.), *Le développement revisité*. Presses Universitaires de Louvain.
- Peemans, J. P. (2015). *Les apories de la modernisation spatiale face aux réalités indóciles du développement rural et urbain dans les Suds*. Université Catholique de Louvain.
- Pipitone, U. (2020). *La salida del atraso*. Fondo de Cultura Económica.
- Remy, M. I. (1990). ¿Modernos o tradicionales? Las ciencias sociales frente a los movimientos campesinos en los últimos 25 años. En H. Béjar (Ed.), *La presencia del cambio: campesinado y desarrollo rural*. DESCO.
- Rodríguez, O. (1980). La teoría del subdesarrollo de la CEPAL. Siglo XXI.
- Rutkowski, J. (1965). Algunos problemas de la industrialización socialista». En O. Lange (Ed.), *Problemas de economía política del socialismo*. Fondo de Cultura Económica.
- Schultz, T. (1969). *La crisis económica de la agricultura*. Alianza Editorial.
- Strauss, E. (1971). *La agricultura soviética en perspectiva*. Siglo XXI.
- Sunkel, O. y Paz, P. (1970). Capitalismo y Subdesarrollo en América Latina. Signos.
- Sunkel, O. (1991). *El desarrollo desde dentro: un enfoque neoestructuralista para América Latina*. Cepal y Fondo de Cultura Económica.
- Thorner, D. (1979): "La economía campesina. Concepto para la historia económica". En Desco (Ed.), *Economía Campesina*. Desco
- Verhaegen, E. (2018): La question agraire au XXI siecle: pour un nouveau regard sur la voie paysanne". En I. Yépez del Castillo, S. Charlier, A. Lemaître, E. Piccoli y É. Verhaegen (Eds.), *Le développement revisité*. Presses Universitaires de Louvain.
- Vía Campesina (5 de octubre 2000). *La lucha por la reforma agraria y los cambios sociales en el campo*. Vía Campesina. <https://viacampesina.org/es/la-lucha-por-la-reforma-agraria-y-los-cambios-sociales-en-el-campo/>
- Vía Campesina-FIAN (8 de junio 2003). *Seminario Internacional sobre reforma agraria y género. Declaración de Cochabamba*. Vía Campesina. <https://viacampesina.org/es/seminario-internacional-qreforma-agraria-y-groq-cochabamba/>
- Wallerstein, I. (2005). Análisis de Sistemas-Mundo. Una introducción. Siglo XXI.

CUADERNOS
DE SOCIOLOGÍA
N° 13 UCM



Escuela de Sociología UCM



@sociologiaucm



@sociologiaucm1



ucm

UNIVERSIDAD CATOLICA DEL MAULE



**Facultad de
Ciencias
Sociales y
Económicas**